

Mensajero del **Archivo Histórico**

de la

Dirección de Investigación y Difusión Editorial
Torreón, México. 15-IX-2000. Buzones electrónicos:
archivo.historico@lag.uia.mx y sergio.corona@lag.uia.mx

uia laguna

ÍNDICE

página

Noticias del Archivo Histórico	1
Ensayo histórico: Fumadores neovizcaínos	2
Libros de la Dirección de Investigación y Difusión Editorial	6
El mostrador	8
Bibliografía del fondo reservado	12

Coordinador del Archivo Histórico y editor del boletín: Mtro Sergio Antonio Corona Páez

Noticias del Archivo Histórico

- **EL MOSTRADOR, nueva sección del *Mensajero***

A partir de la presente edición, el *Mensajero* del Archivo Histórico contará con una muy amena sección de reseña bibliográfica a cargo del Mtro. Jaime Muñoz Vargas, investigador-editor del Archivo Histórico y reconocido autor y crítico literario. De esta manera, el *Mensajero* amplía sus horizontes y se convierte en un espacio cultural para la historia y los diversos géneros literarios

- **Presentación de *Una disputa vitivinícola en Parras (1679)***

El 25 de septiembre a las 20.30 horas será presentado en el foyer del Teatro Isauro Martínez de Torreón *Una disputa vitivinícola en Parras (1679)*, primer volumen de la colección Lobo Rampante editado por el Archivo Histórico de la Universidad Iberoamericana Laguna.

El Archivo Histórico de la UIA Laguna, siguiendo los principios de la Dirección de Investigación y Difusión Editorial y bajo la coordinación del Maestro en Historia Sergio Antonio Corona Páez, se piensa a sí mismo no solo como un custodio del acervo documental histórico de la región, sino además como un lugar privilegiante para aquella investigación académica que permita generar nuevos conocimientos sobre las sociedades del pasado. Es decir, busca tanto la consulta de documentos como la producción y difusión de textos de valor científico que contribuyan al conocimiento y a la formación de una auténtica cultura de la historia.

Este primer número de la Colección Lobo Rampante es fruto de una coedición entre el Ayuntamiento de Saltillo y la Universidad Iberoamericana Laguna. El evento contará con la presencia y participación del Ing. Héctor Acuña Nogueira, S.J., rector de la UIA-Laguna, del Lic. Oscar Pimentel González, Presidente Municipal de Saltillo, así como del Ing. Pedro Moreno, Director del Instituto Municipal de Cultura en Saltillo.

FUMADORES NEOVIZCAÍNOS

Como es bien sabido, la mayor parte de las poblaciones coloniales del sur de Coahuila fueron fundadas a finales del siglo XVI, tanto las villas, con la mayoría española, como los pueblos con indios de diversos grupos étnicos, principalmente laguneros y tlaxcaltecas.

Lo aislado de la región y la influencia interracial acabaron por conformar por estos rumbos una cultura original, que pudiéramos —por analogía— llamar *mestiza*.

Para mediados del siglo XVIII, este fenómeno era ya claramente perceptible. Los testimonios documentales nos muestran que los productos de uso cotidiano más populares y más consumidos —con base al número de unidades, lo cual no necesariamente implica un mayor volumen monetario— eran de origen indígena, a saber, el tabaco y el chocolate.

Un interesante manuscrito del siglo XVIII conservado en el Colegio de San Ignacio de Loyola en Parras (copia en el Archivo Histórico de la UIA-Laguna) contiene un libro de cuentas de mostrador correspondiente al año del Señor de 1766. Este era llevado por el tendero de aquella población, para auxiliarse en sus operaciones comerciales.

El expediente en cuestión consiste de una serie de hojas en las que cada página fechada contiene la cuenta de un cliente, enumerando además los artículos que ha sacado de fiado y la cantidad que debe o abona.

De esta manera, podemos conocer el consumo relativo por cliente, su valor en pesos y reales, la naturaleza de las mercancías vendidas y muchos detalles más relacionados con los compradores: su posición social, sus oficios, sus hábitos de consumo y su capacidad adquisitiva, así como muchos otros aspectos de la cotidianidad del siglo dieciocho.

Por este documento sabemos que el tendero era distribuidor no sólo de bienes tales como textiles, mercería, comestibles, aguardientes, tabacos, ropa, blancos, sino también proveedor de servicios como el de barbería, y todo por el sistema de crédito.

Pero, como mencionaba más arriba, los artículos de uso cotidiano más codiciados y consumidos eran el tabaco y el chocolate. El tabaco era un

producto totalmente americano, cuyo uso quedó consignado en multitud de escritos y crónicas indígenas y novohispanas del siglo XVI, como los de Fr. Bernardino de Sahagún y de Diego Muñoz Camargo. Estos autores nos muestran cómo el tabaco, llamado por los indígenas *picietl*, servía tanto como planta de uso litúrgico, es decir, en las ceremonias religiosas prehispánicas, como de estimulante corporal, ya que se declara que masticando el *picietl* los indígenas obtenían un mayor *esfuerzo* en sus tareas cotidianas.



Fabricante y expendedor de cigarros novohispano del siglo XVIII.
Colección Artes de México. Número 8

El tabaco, que también se fumaba antes de la conquista en pipas o carrizos, admitía sus variantes regionales; así, en las Antillas, se fumaba por la nariz y no por la boca. El Emperador Moctezuma II tenía por costumbre fumar en pipa una mezcla de *picietl* y liquidámbar después de comer.

El cultivo, y no sólo el consumo del picitel en el norte de la Nueva España, lo encontramos presente desde los siglos XVI y XVII. Era uno de los regalos que los indios indómitos gustaban recibir de manos de los colonos y conquistadores. Algunos hacendados y encomenderos norteños lo sembraban para uso de sus propios indios encomendados o para el comercio con las poblaciones mineras de Zacatecas, ya que se cotizaba a buen precio..

Tras la *conquista* del sur de la Nueva España y la *colonización* del norte o septentrión, no sólo no desaparecieron estos hábitos tradicionales indígenas, sino antes bien, comenzaron a ser imitados por mestizos y españoles. En los viejos documentos de poblaciones de blancos colonizadas por los tlaxcaltecas, es muy notorio cómo los primeros consumidores de tabaco eran exclusivamente indígenas.

Veamos un ejemplo: en la villa del Saltillo, en la primera mitad del siglo XVII (exactamente en junio de 1646) encontramos que el Capitán Domingo de la Fuente tenía en existencia en su tienda cuatro manojos de tabaco de Papantla y una arroba (once kilos y medio) encostalada.

En el libro de memoria de tienda del Capitán encontramos que los clientes para el tabaco eran los tlaxcaltecos Francisco Baltazar (que debía para esas fechas el importe de nada menos que 57 kilos y medio de tabaco) y Diego González, hijo de Ventura, que debía otro tanto.

Para la época que estamos tratando —mediados del siglo XVIII— el tabaco ya no era un artículo consumido exclusivamente por los indígenas, sino que la población entera, por decirlo así y sin pretender hiperbolizar, lo fumaba. Sólo que en las cuentas de la tiendas ya no se habla de manojos ni costales, sino de cigarros. Y se envolvían no con hojas secas de maíz, sino con papel.

Así, encontramos que en el pueblo de Parras consumían cigarros desde el Padre Párroco hasta el tonelero. En el caso del tonelero (Parras era un pueblo con una gran industria vitivinícola) sabemos que debía dos pesos de cigarros. Don Adamasio Adriano debía siete pesos. Juana María debía un peso. Alberto Martínez, cinco reales (62 centavos y medio); Juan María Mancha, un real (12 centavos y medio); el Padre Don Juan Guerrero, un peso.

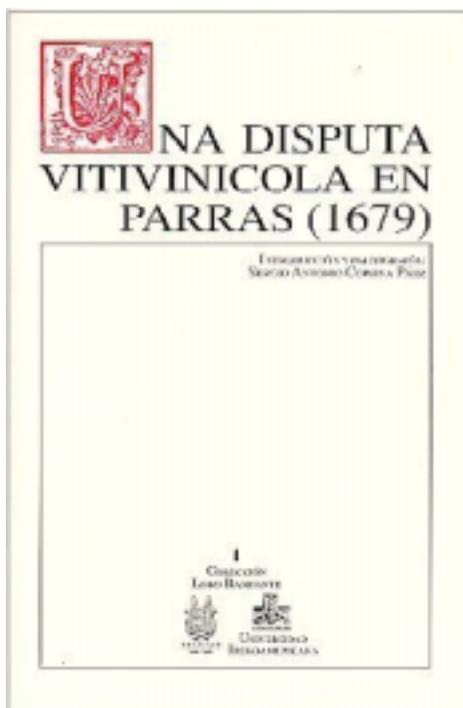
De esta manera, podemos afirmar con seguridad que el hábito de fumar cigarros de tabaco envueltos en papel era ya muy común entre la población blanca, mestiza e india de la Región Lagunera desde 1766, por lo menos, y que ha continuado existiendo ininterrumpidamente hasta nuestros días.

Desde luego, los parrenses nunca se tuvieron por viciosos, ni tenían por qué hacerlo, ya que su sociedad no condenaba ni sancionaba el acto de fumar. Era socialmente aceptable y aceptado. El mismísimo juez eclesiástico, que conocía y decidía de *vitae et moribus*, de la recta forma de vida y de las costumbres, es decir, el Párroco, era uno de los principales fumadores del pueblo.

El estrés, la discusión y la problemática en torno al cáncer y los enfisemas, la separación de los recintos entre fumadores y no fumadores, la culpa generada por el vicio compulsivo, todos ellos son contemporáneos nuestros, y no de los despreocupados y alegres fumadores neovizcaínos.

Libros de la Dirección de Investigación y Difusión

Editorial (pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx)



Una disputa vitivinícola en Parras (1679)

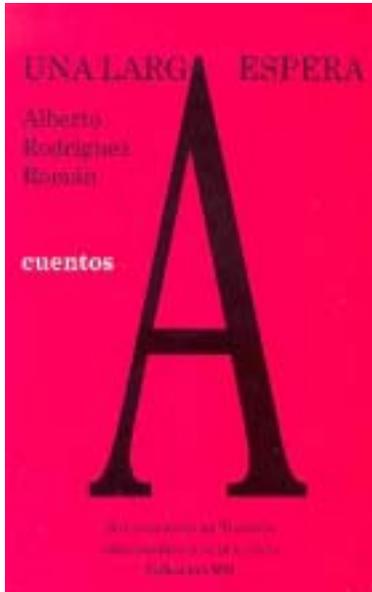
Introducción y paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Editor: Jaime Muñoz Vargas. Coedición del Ayuntamiento de Saltillo 2000-2002 y la Universidad Iberoamericana Laguna. Torreón. 2000.

Este librito brinda una transcripción paleográfica sobre el conflicto que suscitaba en 1679 el pago de diezmos de la uva, vino y aguardiente que se producía en Santa María de las Parras. El documento fija fechas para el inicio de la producción del aguardiente y datos sobre la historia misma de la producción vitícola y vinícola. La catedral de Durango, el arrendatario de los diezmos y los productores de Parras — blancos e indígenas— son los protagonistas de este conflicto

Otros títulos en existencia:

- **Epistolario de un sueño* del Dr. Ricardo Coronado Velasco \$ 150.00
- **Entre lo público y lo privado* de la Mtra. Laura Orellana Trinidad \$ 60.00
- **Investigación a tu alcance 1* de Jaime Maravilla Correa, Sara Oranday Dávila y Laura Orellana Trinidad \$ 60.00
- **Investigación a tu alcance 2* de Jaime Maravilla Correa, Sara Oranday Dávila y Laura Orellana Trinidad \$ 60.00
- **Investigación a tu alcance 3* de Jaime Maravilla Correa, Sara Oranday Dávila y Laura Orellana Trinidad \$ 96.00
- **Vascos, agricultura y empresa en México. Rafael Arocena: la siembra comenzó en La Laguna.* de Mario Cerutti, Roberto Martínez y Sergio A. Corona. \$ 400.00 y \$475.00

EL MOSTRADOR



Una larga espera o el ludismo triste

POR

Jaime Muñoz Vargas

Quien compre *Una larga espera* encontrará en la espalda de este libro unas opiniones que, me parece, sintetizan con tres pincelazos el contenido y la esencia de la obra escrita por Alberto Rodríguez Román (Torreón, 1973, egresado de comunicación de la UIA Laguna). Según Magda Madero, *Una larga espera* ostenta como mayor virtud “la habilidad con que el autor convierte al idioma en instrumento de expresión artística. Sus narraciones son interesantes por el estilo y por la fuerza expresiva del lenguaje”. Saúl Rosales advierte un valor análogo: “Los cuentos de Alberto Rodríguez lo exhiben como un artista de la refundición del vocablo común y del neologismo troquelado por su capacidad de orfebre del idioma”. Por su parte, Yolanda Natera observa que “Los diversos relatos tienen en esencia una rabia que describe los conflictos existenciales y cotidianos, una intención agresiva

dirigida a abofetear los sistemas sociales. Historias de rencor, soledad y desconcierto, escritas con lenguaje variado, a veces corrosivo”.

Repaso con gusto esas opiniones y me adhiero a ellas porque Alberto las merece. Ahora que leo su racimo de cuentos siento que su proyecto de hace años, el de ser escritor, ha cristalizado en una edición que yo había prefigurado —lo digo con orgullo retrospectivo— en *Fuera del mundo*, aquella *plaque* que le edité en 1998. Cristalizó su fe en la literatura porque no ha dejado de mirar al mundo con asombro y, al mismo tiempo, se ha refugiado en el fértil silencio de quienes escriben. En otras palabras, poca alharaca y muchos párrafos donde su visión, al mismo tiempo triste y humorística, es la prueba de que no todos los jóvenes miran su devenir con los ojos adiestrados por frivolidad.

En efecto, si algo sintetiza el hacer literario de Rodríguez Román es precisamente la agudeza de su visión, la callada percepción de aquellos comportamientos de la realidad que suelen escapar a las sensibilidades bastas. Alberto ve, oye, huele, palpa, degusta el entorno con los sentidos puestos al servicio de un arte que echa chispas, que se retuerce y no cesa de parecer animal multicolorido y multidolorido. Los dieciocho cuentos del volumen testimonian lo que afirmo: la variedad de percepciones capturadas en la realidad de Torreón se introducen a las historias de Alberto y se convierten en imágenes visuales, auditivas, olfativas, táctiles y gustativas que ofrecen al lector una ventana nueva de exploración, una torre de letras desde la cual se puede ver el mundo de una forma tan gozosa como triste.

Ya Saúl Rosales anotó con certeza irrefutable que Alberto Rodríguez apela a una prosa que entronca con la mejor de nuestra tradición en materia de ludismo. La búsqueda de renovación y frescura estilísticos son el timbre característico en todas las aventuras narrativas de este lagunero que, con o sin

premeditación, homenaja a Joyce, a Del Paso, a José Agustín, a Julián Ríos, a todos aquellos escritores que procuran inyectar a su zurcido de palabras el vocablo luminoso, la adjetivación osada, el neologismo que sale de la mano como volado para ver si cae águila o sello. Con un estilo como ése a veces se pierde, a veces se gana, es un albur barroco que nunca debe desaparecer pues gracias a él la palabra alcanza tesituras inusitadas, nuevos brillos.

De la asignatura estilística, me parece, sale aprobado Alberto Rodríguez Román. Es vistosísima para mí, reveladora y francamente deleitosa, la manera como le da a los verbos un esplendor que, es cierto, en ocasiones parecerá excesivo, pero en la mayoría de los casos sale airoso y triunfa sobre las reticencias del lector acostumbrado a prosas academicistas o, lo que sí es grave, oxidadas. Veo, por ejemplo, líneas como “En el cuarto lloré frustración a montones y escupí rencor”, “Alina se ha devorado trece años. Ya no se reserva sus pensamientos, los despilfarró”, “Un susurro del pasado comenzó a cuchuichear recuerdos”. Innumerable es la cantidad de verbos resemantizados, extraídos de su nicho habitual para figurar en oraciones y periodos que confieren a la prosa de *Una larga espera* esa intrepidez que hasta la fecha yo no había visto en la narrativa lagunera y que en el terreno de la poesía sólo atreve Miguel Morales sobre todo con su espléndida *Celebración de chamán*. Si en mil novecientos ochenta y tantos Enrique Lomas retorció la lógica del discurso y mostró que un personaje era capaz de “cercenar un umbral”, ahora Alberto lleva a feliz consumación ese afán por darle a las palabras, principalmente a los verbos, un empaque poco visto en las letras de la estepa donde vivimos.

Pero no se vaya a pensar por lo que afirmo que la obra de Rodríguez Román sólo es pirotecnia verbal, fuego de artificio con la palabra que termina chamuscada en el piso. No. A la tenaz práctica del ludismo lingüístico hay que

añadir la esmerada trabazón de las historias, el énfasis que Alberto deposita en el escudriñamiento de la personalidad humana de los seres, muchos de ellos caricaturales, que habitan este condominio de relatos. Hay en casi todos los cuentos una desdicha asumida sin melodramatismos ni telenovelerías. Alberto no es un autor que goce con el gimoteo de sus lectores; antes bien, las suyas son viñetas de la vida cotidiana donde la mezquina inmediatez, siempre teñida de desdicha, se transfigura en humor, en un humor que transpira el goce de estar vivo pese a la constante manifestación de la maldad humana.

Esa desdicha metamorfoseada en humor con sordina la vemos en casi todas las piezas del volumen. Me parece que uno de los ejemplos más acabados de lo que trato de desentrañar podemos encontrarlo en “Una calle agitada”, cuento que muestra plenamente la potencia literaria de nuestro autor: buena y lúdica prosa, malicia para resaltar los *petits details*, capacidad para sondear el alma flagelada de los personajes, notable manejo del andamiaje estructural, todo esto se apiña en “Una calle agitada” y si a eso le agregamos el encanto —el no sé qué que Feijoo pedía a las buenas obras literarias—, dicho relato de Alberto no desentonaría en cualquier volumen antológico.

Pero son muchas las historias que merecen la visita del lector, no nada más el cuento que mencioné como cereza de pastel. Allí están “Una piedra en el camino”, “Subida al cielo”, “Tríptico para una exposición” y otras más que de seguro no defraudarán a quien se arrime con ánimos de lector atento.

En 1998 Saúl Rosales prologó el opúsculo que le publiqué al autor de *Una larga espera*. Allá dijo el director de *Estepa del Nazas* que “Los personajes de Alberto Rodríguez y él mismo poseen la palabra briosa que junto con una actitud enérgica hacen la posibilidad de revolucionar el mundo que les tocó vivir para volverlo más humano”.

